



LA CONFERENCIA DEL ATENEO

UNAMUNO HABLA DE LA INFLUENCIA DE LA NINEZ EN LA VIDA DEL HOMBRE

Su discurso es una admirable evocación plena de ternura y poesía

Bajo la presidencia del Sr. Eizaguirre, y hallándose totalmente atestado el Paraninfo de una concurrencia tan numerosa como selecta, en la cual se notaba la presencia de distinguidas señoras, se celebró ayer el acto organizado por el Ateneo en el cual había de usar de la palabra el catedrático de Salamanca don Miguel de Unamuno.

PALABRAS DEL SR. EIZAGUIRRE

El culto presidente del Ateneo, señor Eizaguirre, en elocuente palabras hace la presentación del orador. Por esta casa han desfilado oradores de todos los matices: desde el cura místico al hombre de ideologías tan avanzadas como el ilustre Unamuno, cuya presentación califica de innecesaria. Esta tribuna no tiene más límites que los del mutuo respeto, y a ella han sido invitadas personalidades como Grandmontagne, Pío Baroja y Ossorio Gallardo.

Hechas estas aclaraciones, que vienen a ser contestación a afirmaciones lanzadas con anterioridad, el señor Eizaguirre concede la palabra al señor Unamuno.

DISCURSO DE UNAMUNO

Señoras y señores: Después de haber hablado en este sitio hace cinco años, he recibido invitaciones reiteradas del Ateneo Guipuzcoano para hablar nuevamente. Yo prometí corresponder a la invitación; pero iba apiazándolo, entre otras cosas, porque quería venir con el ánimo reposado, cosa que en mi actuación y por mis inquietudes conseguía difícilmente.

He de hablar hoy sentado y no de pie, porque no vengo en son de batalla. Puedo decir a los aficionados al fútbol y a los toros que en mi conferencia no habrá "hule".

La última vez que visité esta ciudad fué en Navidad, cuando había en ella una huelga general, de esas que llaman general. Vengo hoy para hallar siquiera unas horas, unos momentos de sosiego, y algo así como un recogimiento colectivo, como de mutua confesión velada, por lo cual he de encubrir perfectamente todo lo que tenga de personalismo.

Estoy ya en una edad en la cual se dice que el hombre vive de recuerdos, y los recuerdos son la cantera de las esperanzas.

El camino que falta por recorrer es una proyección del camino recorrido, y el que no sabe lo que ha hecho, no puede saber lo que ha de hacer. Los viejos tienen esperanzas, no los mozos que no están hechos y que no saben lo que han de hacer, pero que están haciéndose.

Todos los hombres—yo he sido muy aficionado a leer biografías de hombres—, en el orden literario y científico, tienen una cosa extraordinaria-mente interesante: la más interesante: un niño.

vedades. Si apareciera un mastodonte, eso sí que sería nuevo. Hay más medios de aprender ahora: en matemáticas tenemos, por ejemplo, el 1 y el 0, y podemos hacer más cálculos que los que en tiempo de Pericles se hacían con el "ábaco"; pero ellos calculaban mentalmente mejor que nosotros lo hacemos.

El niño que nace con un cerebro delicado ¿tiene una potencialidad mayor que en tiempos de Pericles? Me parece que no. Si los hombres de aquel cerebro nacieran ahora, se distinguirían igual que entonces se distinguieron.

A partir de los dos o tres años de la vida del niño, el progreso que se obtiene es de eficacia para la vida. Hasta esos dos o tres primeros años, el hombre tiene rasgos que le diferencian más del mono.

Es barbilampiño y débil. Conforme va avanzando en la vida, va pareciéndose más al mono, va haciéndose más animal. Intimamente, pues, no progresa, sino que se retrasa. Desde esa época, en todos los órdenes, lo que el hombre adquiere de ventajas para la vida es retroceso. El niño tiene una mayor originalidad.

Por eso, cuando yo veo a un niño, me digo:

—¡Qué lástima no te quedaras así siempre! En lo sucesivo te enseñarán el pluscuamperfecto y acaso el análisis gramatical... pero nada más.

Existe hasta un lenguaje que se transmite de niños a niños y que ellos solos emplean, porque los hombres lo olvidan cuando dejan de ser niños. La mujer tarda más en salir de la niñez y durante más tiempo sigue siendo una especie de niño. ¿Quiere esto decir que sea una inferioridad? No. Acaso sea una superioridad.

Recuerdo que en el ocaso de un día charlaba yo con una buena amiga, doña Emilia Pardo Bazán, la cual creía que yo era antifeminista y siempre andaba a vueltas con dicho tema. Yo la hostigaba para que tratara de dicho tema, y la decía:

—La mujer tiene creado un organismo, desde el punto de vista fisiológico, hecho para concebir, gestar, dar a luz y amamantar a sus hijos, y ahí termina todo. Y mientras no deje de concebir, gestar, dar a luz y amamantar, y de estar sin hacerlo tanto tiempo como estuvo haciéndolo, no es posible que pierda la función de organismo. En los países salvajes, donde la mujer tiene una intervención en la vida casi igual a la del hombre, no puede seguir a su esposo en la guerra cuando lleva en su vientre una carga.

La buena señora doña Emilia se revolvió, queriendo refutarme. Y yo la añadía:

—Es la ley de la herencia.

Pero inmediatamente decía a mi buena amiga:

—Parece mentira que no caiga usted en el sofisma de este razonamiento de los hombres. Acuérdesse de que la herencia no viene de un lado solo.

Parlamento. He hablado de esto con mi viejo maestro de primeras letras, quien me decía:

—No; esa sociedad te la forjas tú solo; no existe.

Y ahí comenzó a decirse de mis tendencias anarquistas.

Jugábamos los chicos con estampas de cajas de fósforos; luego con sellos; eran nuestras monedas y servían para lo que sirven principalmente el dinero; para jugarlo.

Yo, entonces discurrí en llevar una lotería y me quedaba, como hace el Estado, con la mayor parte. Pero ideé luego una cosa que es la más fina. Jugábamos a cara o cruz y había la costumbre de que quien ganara impusiera condiciones. Yo fundé una especie de Banco y a quien me diera diez "Blancos", le daba uno por día. Al cebo del interés acudían todos los chicos con sus "blancos", y yo jugaba. Perdía dos y jugaba cuatro, luego ocho, luego dieciseis, luego treinta y dos, hasta que llegaba el momento en que ganaba, consiguiendo pelear a todos mis condiscípulos.

Pero ellos se fueron con el cuento al maestro, y éste quería obligarme a que devolviera los "blancos" ganados. Yo entonces, le dí la contestación siguiente: ¿Qué culpa tengo de que ellos sean más tontos que yo?

¡Ah! Son cosas que no se olvidan éstas y que se recuerdan al evocar la infancia.

Todo el que es padre y ha querido seguir la niñez de sus hijos, ha podido apercibir un momento, el más trágico y el más importante de la vida infantil; cuando el niño descubre la muerte. Porque sabe que existe la muerte, pero no la comprende. Yo recuerdo cuando la descubrí; cuando Calzadas de Begoña arriba, llevábamos a un compañero nuestro, a un niño que murió tísico y que decíamos que había muerto por fumar a escondidas.

En un cuartucho húmedo de la calle de la Cruz, de Bilbao, preparaba yo mis lecciones alumbrándome con una vela de cera. Leía en un libro de Balmes, las pruebas de la inmortalidad del alma, que ya entonces me interesaban, y recuerdo con un nerviosismo constante que se terminó la vela y que se licó la cera en el latón recalentado, agonizando el pábilo de la misma en la cera líquida. ¡Las cosas que yo mezclaba en mi cerebro de aquel pábilo mortecino y de la inmortalidad del alma!

Otra vez, en un pueblo del valle de Arratia, natal de mi abuelo materno, pues los otros tres son vergareses, fui a una casa habitada por un pobre viejo y ciego, que contaba añejas historias. El hijo, era un hombre sombrío, casado con una loca; y ambos tenían a su vez otro hijo de año y medio o dos de edad. Un día, cuando caía ya la

ario y científico, tienen una cosa extraordinariamente interesante, lo más interesante: su niñez. Cuando hacen su autobiografía, es lo más de desear que se detengan en su niñez, porque la niñez es la época en que se funden y se cuajan los huesos del espíritu.

Comparado con lo que el hombre hace en los cinco primeros años de su vida, todo lo que aprende después apenas tiene importancia. Todos esos hombres que destacaron, han tenido a flor de alma las impresiones de niño; y es la cosa más triste de todas las cosas esos hombres que no se acuerdan de su niñez. Eso es una enfermedad; no son hombres completos quienes no traen a flor de alma los recuerdos de su niñez.

Yo no me atribuyo cualidades de grande hombre; pero tampoco me las niego, pues tengo la virtud de la inmodestia. Pero conservo los recuerdos de mi niñez, que pasé entre las montañas de esta bendita tierra. Y he vuelto como antes, en épocas de fin de año y principio de otro, en Navidad, en "gabon" y "gabon zar", destinados a festejar a los niños, al hombre hecho Dios—iba a haber dicho hecho hombre, pero se hizo niño—, y se me han remergido los recuerdos.

Contraviniendo el aforismo de que la Vida debe ser una continua meditación de la Muerte, decía Espinosa, el judío de Amsterdam—que ahora dicen que es de Valladolid y no de Amsterdam—, que la vida del hombre libre debe ser una meditación, no de la Muerte sino de la Vida. ¡Habría que ver lo que es el hombre libre! Yo me he pasado cuarenta años hablando del hombre libre y de la libertad, y ahora empiezo a no estar enterado de lo que es la libertad. (Grandes risas.)

Yo he pensado que la Vida no debe ser una meditación de la Vida y de la Muerte, sino una meditación acerca del nacimiento y aun del renacimiento. Oswald, el poeta inglés, decía en unos versos suyos muy conocidos, que el niño es el padre del hombre; y esto es una verdad de más alcance que como la concibió el poeta, pues es frecuente que los poetas digan cosas de más alcance que ellos aciertan a comprender.

El niño es el padre del hombre, pero en un sentido espiritual, más elevado, en el sentido de la paternidad, no en el de la masculinidad.

Existe una teoría entre filosófica y biológica, que he de tratar de desarrollar brevemente, sin tecnicismos de los que no sería capaz. Esa teoría biológica, fisiológica si queréis, es la referente a lo que se podría llamar el progreso íntimo denuo de la especie humana.

Hoy podemos saber y aprender más cosas que en tiempos de Pericles; pero creo que no sabemos más. Hay algunas cosas nuevas, como el aeroplano y el fonógrafo; pero eso no son más que no-

fisma de este razonamiento de los hombres. Acuérdese de que la herencia no viene de un lado solo. Usted ha heredado cosas de su padre y de su madre.

Hombres fuertes eran Napoleón y Goethe, y ellos recordaban constantemente a su madre. Era que tenían un alma femenina, y tener alma femenina es tener algo infantil, algo superior. El elefante tiene una niñez larga y es el animal más fuerte.

Nietzsche hablaba del superhombre—en castellano sería mejor llamarle el trashombre, pues ya en el "Quijote" se hablaba del pan de trastrigo—, y hablaba de ese trashombre suponiendo que puede haber en el mundo una especie superior a la humana, y esa no es posible que salga de la especie actual. Cada especie, en su evolución, tiene un límite. Igualmente en el orden social, si apareciera una nación con cultura más viva, superior a la de los países actualmente cultos de Europa, esa nación no sería seguramente ninguna de las ya hechas, sino una nueva nación, una nación que sepa crearse un mundo y no tomarse un mundo ya creado.

Todas o casi todas las leyendas mitológicas, no hablan nunca de la niñez de los dioses. Minerva nació toda adulta del cerebro de Júpiter. Y fijaros que una de las partes más interesantes, no más fundamentales, del Cristianismo, es la niñez de Cristo; una niñez prolongada en tierras de Oriente, donde la inteligencia se madura con más rapidez y donde también más rápida se desarrolla la vida activa.

Yo no creo en las cosas primitivas, ni siquiera en los salvajes; no hay salvajes, sino cimarrones. Cimarrón es, el que vuelve a la especie primitiva, el gato casero que se escapa al monte, le crece la cola y vuelve a ser salvaje, no es salvaje sino cimarrón. Por eso digo, que no creo en los salvajes; la mayor parte son cimarrones; no son salvajes primitivos; que éstos sí que sería interesante. Hay niños que son sólo cimarrones.

Es interesante, interesantísimo, ver lo que es el descubrimiento del mundo vivo, hecho por un niño. Sopenhauer, decía que el mundo es lo que uno se representa. Pero es que esa representación es la elaborada por la humanidad. Es muy dudoso que un niño sin relación con los semejantes, se entere de lo que ve; recibe, pues, una representación elaborada. No miente cuando refiere esa impresión, lo que hace es no decir la verdad. Inventa cosas y tiene la idea de que lo que inventa es verdad. Así se hace una tradición que va pasando de generación en generación infantil y de la cual ni los mismos maestros se enteran. Yo he pensado en hacer una sociedad, una escuela que elaboraran los mismos niños, incluso con su pequeño

y medio o dos de edad. Un día, cuando caía ya la tarde y se fundía el sol con las sombras, me hallaba yo sentado a un gran balconaje de madera. El viejo se calentaba al amor de la lumbre; la vieja se acurrucaba en un rincón; y el niño que corría por la estancia se acercó de pronto a mí. Yo no sé lo que pasó entonces, no sé lo que aquello sería, pero es el caso que rompí a llorar amargamente, con el llanto más fuerte de mi vida; creí que llegaba el ocaso de mi alma, como llegaba el ocaso del sol. Es que hay contactos en que sentimos en el espíritu como si nos rozara el ala de Muerte.

Recuerdo también y recordaré siempre, un día de San Bernardo que pasé en el Convento de a Trapa, cerca de Palencia. Cantaban los monjes la Salve. En el altar mayor había una imagen de la Virgen con los brazos en alto; y yo no sé si adrede o por capricho del pintor, se la representó en el período comprendido entre la Anunciación y el memorable del establo de Belén. Eso, me hace pensar si aquella gente pensaba en deshacer la vida, en deshacer el curso de la vida haciéndose cada vez más niños, gustar en los labios la leche materna, volver al vientre materno y vivir una vida de inconsciencia por toda una eternidad.

Las inquietudes mías no han sido las de mis años de lucha; lo fueron los años de mi niñez. Entré en mi mocedad en plena guerra civil. Podría señalar aún en Bilbao, donde se halla el banco desde el cual presencié el día 2 de Mayo de 1874, cómo entraban en la villa las tropas libertadoras.

Yo llevaba dentro de mí, mi guerra civil, como la llevamos los demás hombres y muchas veces luchamos con el adversario para hacer dentro de nosotros la paz interior. ¡Y desgraciado de aquel que no lleve eso dentro!

Recordaréis aquel maestro de la novela de Dickens que decía a los niños:

—Hechos, hechos; sólo hechos.

Olvidaba que los niños llevan los hechos dentro de sí. Poseen además un fuerte poder mitopizador. Pero es que la ciencia posee también sus mitos. ¿Qué es el átomo, sino un mito?

Un hijo mío tenía un miedo colosal al viento y un día le decía a su hermano mayor que se hallaba haciendo el servicio militar:

—Fernando; vístete de soldado y córtale la cabeza al viento, cuando esté dormido. ¿Quién sabe si el viento tendrá también cabeza!

Ese mismo hijo mío, un día que una tía suya, hermana mía que vive con nosotros le reprendía por no obedecerla, la dió una contestación que me llenó de orgullo, porque me hizo pensar que venía de casta el chico. La dijo:

—Si yo sé que hay que obedecer a las personas mayores, no nazco.

Existe la época en que se sale de la niñez. Esa es una cosa terrible. La mayor cuando se sale de los diez y ocho años, hasta cumplir los 25. Solemos tener entonces la preocupación de las enfermedades y de las creencias. Quien no tiene creencias, no cree y no tiene preocupación; pero es que existen quienes creen que creen, y no creen.

La fe es creer lo que no vimos; la razón consiste en creer lo que vemos.

Y esa es la época de acuciamientos espirituales, de la cual se pasa a la crisis sexual. Este peligro hay quien cree que se evita con la violencia de los juegos deportivos. No creo que con el cansancio se remedie. El cansancio físico produce insomnio, que es peor. El deporte, pues, no tiene gran eficacia para evitar ciertos males. Yo vengo de una época en la que aún quedaban restos del romanticismo. Mucho mejor que andar a patadas con un balón, se remedia aquello echándose muy joven una novia. Es indiscutiblemente mejor estar

PROGRAMA
PARA HOY

EN EL HALL

A las seis y a las diez y media.

La película en cuatro actos, de gran atracción

"CORAZONES SALVAJES".

Y la película cómica en dos actos "CHARLOT,
EGMPERO".

"Thé - dansant". La pareja de baile Lylian et Max.
Jazz - bands. Orquestina. Restaurant.
Bar Americano.

GRAN KURSAAL

ABIERTO
TODO EL AÑO

Fundador: Rafael Picavea.

pelando la pava, sobre todo si se lleva con romanticismo, y se la guarda fidelidad. Así como hay hombres niños, hay pueblos de niñez prolongada. Por ejemplo, el vasco, es una especie de niño grande. Hay quien cree que el casero, el aldeano, el cazurea; pero eso no es cierto. El aldeano vasco, procede siempre con infantilidad. Lo mejor sería conservar colectivamente ese infantilismo; pero hay un peligro: el de que surja uno que como yo hacía con mis camaradas, funde el banco y se lleve los "blancos" de todos. Claro que también puede surgir entonces el maestro que ordene el reparto.

Este país ha conservado siempre su indeterminación y amorfidad. Ha confundido la leyenda con la historia; pero acaso, sino fuera eso así, éste nuestro país, no tendría la disponibilidad que tiene.

Tal vez cerca de ese hombre tan hecho, como es el castellano, representemos nosotros lo infantil. Y esto es lo triste; que se pierde.

He venido en tono sentimental. He visto en la tierra mía, donde nacieron mis padres, que han desaparecido cosas que no debieron desaparecer. Estas ausencias tan largas de mi pueblo las observo por conservar en aquella Castilla augusta, la devoción a la tierra de mi Vasconia.

He estado mucho tiempo maldiciendo cosas; hay veces que digo del sagrado sexo; pero quiero afirmar que no puede andarse por el camino de la vida no llevando como faro el corazón de la niñez.

Una ovación calurosa, entusiasta, acoge las úl-

timas palabras del señor Unamuno que ha estado maravilloso de expresión.

Don Miguel Unamuno, hombre que tiene acostumbrados a sus auditorios a estridencias propias de su carácter entero, se ha revelado, mejor dicho, se ha confirmado ayer como un poeta exquisito. Nos atrevemos a ver, a través de las palabras del conferenciante salmantino, la acentuación de un fondo espiritualismo, un acendrado sentimentalismo, que pone en los ojos y en las frases del escritor y conferenciante, una tierna e intensa emoción.

A petición del director del Instituto, señor Ferraz, tuvo que leer unos versos. Una vez que lo hizo, con verdadera emoción, dijo el señor Unamuno:

"Como los mozos de veinte años hacen cosas que llaman altruistas y que no son ni de jóvenes ni de niños, he tenido yo que ponerme a hacer versos."

La calurosa ovación se renueva, siendo despedido el conferenciante con gran entusiasmo.

COMIDA INTIMA

La Directiva del Ateneo y algunos ateneístas y literatos obsequiaron anoche con una comida íntima en casa de la Nicolasa al señor Unamuno. Fué un rato agradabilísimo, en el que el homenajeado hizo gala de su claro ingenio.

Hoy sale don Miguel para Bilbao, donde en la Sociedad El Sitio, piensa dar una conferencia.